

Mujeres con voz propia. El peso de la socialización primaria en tres mujeres de la burguesía liberal española¹

JULIA VARELA*

Introducción

Me voy a detener en la infancia y la adolescencia de tres mujeres españolas, dos de ellas de una misma generación, y una tercera un poco más joven: Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri². Nuestras protagonistas vivieron en tiempos muy difíciles, propios de sociedades victorianas, en los que las mujeres luchaban por el reconocimiento al derecho de propiedad, por el derecho al trabajo, por el derecho a la educación, al divorcio, a la custodia de los hijos y también, claro está, por el derecho al voto. Sus escritos autobiográficos constituyen por tanto una valiosa fuente de información y de conocimiento sobre la dominación masculina.

En este estudio no me propongo tanto analizar cómo estas tres mujeres lograron romper, al menos parcialmente, con *el dispositivo de feminización*³, cuanto poner de relieve el peso ejercido en sus vidas por los procesos de socialización (Varela, 1997). Voy por lo tanto a centrar el análisis en su origen social, así como en la educación familiar, escolar e informal que recibieron durante su infancia y primera juventud.

Origen social

Carmen Baroja nació en Pamplona en 1883. Era la menor de cuatro

hermanos, y la única hija con bastantes años de diferencia respecto de Darío, Ricardo y Pío. Su padre, Serafín Baroja, de origen vasco, fue ingeniero de minas. Julio Caro Baroja nos lo presenta como una persona afable y bondadosa, y también como un librepensador progresista que mantuvo heteróclitas actividades. Todo parece indicar que optó por el liberalismo universalista frente al conservadurismo clerical del que predominantemente se nutrió el nacionalismo vasco. Su madre, Carmen Nessi, aunque nació en Madrid *“era vasca en esencia”*, una mujer tradicional, que se ocupaba del cuidado de la casa y de los hijos. Julio Caro Baroja dice que había en ella *“algo como telúrico, ancestral, la esencia de la tradición de la familia. Algo que chocaba con los anhelos y la manera de ser de mi madre”* (Caro Baroja, 1997, págs. 50-51).

Zenobia Camprubí nació en 1887 en Malgrat, un pueblo de la Costa Brava. Su rica familia materna provenía de Puerto Rico, en donde poseía un ingenio de azúcar, pero estaba vinculada con los Estados Unidos pues su abuela materna, Zenobia Lucca, se educó en Norteamérica y se casó con un norteamericano miembro de una familia dedicada a los negocios comerciales. De ahí que la madre de Zenobia, Isabel Aymar, que se casó en Puerto Rico con Raimundo Camprubí, un ingeniero catalán de caminos, canales y puertos, tuviese



Dra. en Ciencias de la Educación, Universidad Complutense de Madrid; Dra. en Sociología, Universidad de París VIII; Docente e investigadora, Universidad Complutense de Madrid.
E-mail: jvarela@fis.ucm.es

Artículos

73

DOSSIER / ENTREVISTA / ARTÍCULOS / RESEÑAS

contacto con los dos mundos. Isabel era bilingüe, al igual que lo fueron sus hijos, Zenobia y sus hermanos. Cuando Raimundo Camprubí regresó a Barcelona se trajo consigo a la familia, incluida la abuela materna y un tío. Zenobia se movió por lo tanto en sus años de infancia en el ambiente propio de la alta burguesía catalana. Y aunque Benito Pérez Galdós identificaba en sus novelas a los ingenieros con la España avanzada, científica, y productiva, Raimundo Camprubí, por lo poco que Zenobia cuenta de él, parece que fue más bien conservador.

María Teresa León nació en Logroño en 1903. Su padre, Ángel León, había nacido en Madrid y llegó a ser coronel del ejército. Su madre, Oliva Goyri, era hermana de María Goyri, la esposa de Ramón Menéndez Pidal. María Teresa se sentía burgalesa pues su familia materna vivió en Burgos, y en esa ciudad también ella pasó una parte de su vida. Don Hilario de Goyri, su abuelo materno, había vivido en París. Y de su abuela materna, Rosario de la Hera, se decía que era "*la mujer más hermosa de Burgos*"; y que jamás hablaba de Don Hilario, pues su marido, un señorito calavera, fue a la vez su calvario. Ambos eran burgaleses. Los abuelos paternos fueron Agustín León, que había nacido en tierras sevillanas, y María Lores que procedía de Barcelona. De su propia madre, Oliva, nos dice que era una mujer "*bella y graciosa*"; que la bisabuela materna era "*toda hecha de tierra burgalesa*", y que la paterna había sido dama de honor de la reina doña Cristina.

Así pues, estas tres mujeres, Carmen Baroja, Zenobia Camprubí y María Teresa León, de origen vasco-navarro, catalán y castellano respectivamente, pertenecieron a la generación de mujeres nacidas al final del período victoriano en el seno de familias de una media y alta burguesía, al menos por lo que respecta a su capital cultural. Quizás, de las tres, la familia de Zenobia fue la que contó con más recursos económicos. En todo caso los Baroja, cuando se instalaron en Ma-

drid provenientes del País Vasco no disponían de casa propia, y por eso vivieron en la casa de una tía abuela, Juana Nessi, quien les legó al morir la prestigiosa panadería y repostería *Viena Capellanes*, lo que contribuyó a mejorar su posición económica. María Teresa León, por su parte, no es muy explícita acerca de las propiedades de la familia.

Infancia

Tanto Carmen como Zenobia y María Teresa tuvieron una infancia muy marcada por los viajes, pues sus padres, en el ejercicio de sus profesiones, cambiaron con una cierta frecuencia de lugar de residencia. Curiosamente las tres familias residieron en Valencia en algún momento de sus vidas. Durante la infancia los cambios frecuentes de domicilio suelen resultar a la vez novedosos y dolorosos, pues obligan a niños y niñas a establecer nuevas amistades, adaptarse a nuevos espacios de vida y a nuevos códigos de pensamiento y actuación. Estos cambios enriquecen el espacio vital, pero en detrimento de un refugio seguro. Quizás esta especie de denominador común en la vida temprana de estas tres jóvenes contribuyó a conformar una especie de *habitus* que está en la base de sus inquietudes, de sus inconformismos futuros, pero también de su interés por la lectura y la escritura.

Carmen Baroja en sus *Recuerdos* no cuenta casi nada de su infancia: se limita a decir que su niñez fue "*amable*". Pero gracias al cuidado prólogo que Amparo Hurtado escribió de su autobiografía, de la que también es editora, conocemos algo más sobre esta etapa de su vida. De su educación escolar sabemos que entre los años 1891 y 1894 frecuentó en Valencia un colegio de monjas. Por entonces murió su hermano Darío y después, tras un rápido paso por Burjasot y Cestona, se fue a vivir con sus

padres a San Sebastián, mientras que sus hermanos estudiaban en Madrid. En el País Vasco asistió de nuevo a un colegio de monjas y por deseo de su padre siguió recibiendo clases particulares de francés, solfeo y piano que ya había iniciado en Valencia. Los domingos, además de ir a misa, solía acompañar a sus padres a conciertos de música y alguna vez también iba con ellos al teatro. En esta época vivieron rodeados de familiares y amigos. Julio Caro Baroja señala que su madre de niña aprendió muy bien el francés, y bastante bien el inglés, así como una porción de cosas que por entonces resultaban novedosas (Caro Baroja, 1997, pág. 60).

Zenobia, en el *Diario 2*, nos da detalles del ambiente familiar en el que se crió cuando era niña. Vivió en Barcelona, en una casa amplia y luminosa del Paseo de Gracia, la gran avenida de la alta burguesía catalana jalonada de casas modernistas. En las tareas de higiene y aseo la ayudaban *Bobita*, una esclava liberta que siempre acompañó a su madre, y Manuela, que era la ayuda de cámara de su abuela. Su abuela tenía en su habitación una biblioteca, de modo que Zenobia, antes de cumplir los ocho años, entró en contacto con los autores clásicos. Leyó, por ejemplo, la *Iliada* y la *Odisea*. En la alcoba disponía de un *chiffonnière* o ropero en donde guardaba y ordenaba sus vestidos y otras prendas de su cuidado vestuario. La abuela remodelaba en ocasiones para la nieta trajes de su juventud. Podía así participar en las representaciones teatrales que ella y sus hermanos hacían en el salón de la casa. Y durante el verano iban a la casa de Malgrat, una quinta situada junto al mar. Por lo que se refiere a su educación formal, Zenobia, como sucedía con otras familias de la alta burguesía, fue educada en casa, especialmente por su madre y por preceptores.

En 1896, cuando Zenobia tenía nueve años, realizó su primer viaje a los Estados Unidos, acompañando a su madre que iba a matricular a su hermano mayor, José, apodado

familiarmente Jo, que iniciaba los estudios en la Universidad de Harvard. Cuando regresaron a Barcelona alquilaron una casa en Sarriá en donde Zenobia tuvo una habitación propia, que daba a un jardín, al dormitorio de su madre, y a una salita en donde estaba ubicado el piano que le había regalado su tío materno, y en el que recibía las lecciones de música⁴. La educación musical era entonces indispensable para convertirse en una señorita ilustrada, como ponen de relieve tanto Zenobia como Carmen. De ahí la alegría que reinaba en la casa cuando venía su hermano Jo a pasar las vacaciones e interpretaba al piano óperas a las que era muy aficionado, mientras que su hermano Raimundo cantaba. La educación de las niñas de buena familia estaba por tanto especialmente controlada por los padres y fue en el espacio familiar en donde transcurrió la mayor parte de su vida infantil. Pero el clima familiar no siempre resultaba agradable pues sus padres tenían problemas de convivencia.

María Teresa León proporciona una rica información sobre su educación durante los años infantiles. Si la comparamos con la de Carmen y con la de Zenobia, comprobamos que, al igual que Carmen, fue a un colegio de monjas y que, como sucedió con Zenobia, aunque quizás con más intensidad, en su casa había con frecuencia discusiones entre sus padres pues su madre echaba en cara a su marido las infidelidades. Nos dice también que cuando era niña y adolescente tuvo una relación un tanto ambivalente con su madre, pues era ella quien le imponía normas estrictas. De hecho, al salir del colegio y de camino a casa, no la dejaban participar en los juegos de los otros chicos por considerarlos de una clase social inferior a la suya, ni tampoco beber horchata en el paseo cuando comenzaban los calores estivales. Manifiesta en distintos momentos una cierta insatisfacción respecto de una infancia insustancial y dice sentir envidia de Rafael Alberti que tenía “*amigos de cualquier extrac-*

ción social, chiquillos de alpargatas a los que se les quiere tanto que se reparte con ellos la merienda” (León Goyri, 1982, pág. 166). Llegó incluso a titular *Infancia quemada* a uno de los relatos de su libro *Cuentos de la España actual*. En contraste con las otras dos protagonistas, tuvo pocas posibilidades pues fue de las tres la que contó con más espacios-refugio y con un lugar especial en el que aprender cosas interesantes: la casa de su prima Jimena y de sus tíos los Menéndez Pidal. Recuerda, no obstante, con agrado que por entonces todavía se vendía en Madrid el agua en botijos, y que había vaquerías donde, según las madres, había una leche sanísima. También recuerda las Navidades de Madrid, el nacimiento, las figuritas del Belén, el tañido de las campanas de las iglesias quitándose la voz unas a otras, los puestos de las mil baratijas en la Plaza de Santa Cruz, cuando del brazo de su abuela iba pidiéndolo todo porque todo le encantaba (León Goyri, 1982, pág. 300).

Su primera escolarización tuvo lugar en Madrid, en el colegio de las monjas del Sagrado Corazón, situado en un antiguo Palacio de la Princesa de Éboli, un edificio grande con puertas macizas que se cerraban tras la entrada de las alumnas, y en cuyo interior había colgados por las paredes cuadros ennegrecidos de santos y santas. En este lóbrego caserón las niñas se sentían solas, pequeñas y un tanto encarceladas, y la educación que recibían era “*muy ceñida a preceptos*” y siempre vigilante en lo que se refiere al buen comportamiento. En uno de los relatos de *Cuentos de la España actual*, muestra la separación que existía en esos colegios de religiosas entre las alumnas de pago, pertenecientes a las familias de calidad, y las niñas de las clases populares. La educación escolar de las niñas de ambas clases no solo difería en cuanto a los contenidos, sino también en cuanto al espacio mismo en el que se impartía la enseñanza, ya que las hijas de la burguesía ocupaban los pisos superiores. Supo por tanto, desde muy

pronto, que ella era una “*señorita*” a quien no le estaba permitido mezclarse con los niños y niñas de las clases “*artesanas*”. En el colegio María Teresa aprendió a leer, y adquirió una buena caligrafía y, entre otros conocimientos, aprendió el francés⁵. En un determinado momento “*suavemente*” fue expulsada del colegio, y no queda claro si fue por leer libros prohibidos, porque a las monjas no les gustó que quisiese continuar los estudios del bachillerato o porque casi siempre lloraba a destiempo.

La música, la caligrafía y los idiomas eran tres aprendizajes importantes en la formación de una pequeña damisela de una familia distinguida. El francés era la lengua de la diplomacia, del arte y de la gran literatura del siglo XIX. Y además, la reforma escolar de Luc Ferry, que proporcionó un decisivo impulso a la escuela pública en la Francia de la III República, implicó la expulsión del territorio francés de numerosas órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza, como los maristas, los hermanos de Lasalle, las ursulinas y otras, que encontraron cobijo en la católica España. Estas órdenes contribuyeron a su vez con la enseñanza del francés entre su distinguida pequeña clientela de los colegios privados de pago. No obstante, el inglés comenzaba entonces a ser una de las lenguas presentes en la educación de las niñas de la burguesía, y especialmente en las de la alta burguesía. El caso de Zenobia es algo especial pero también Carmen Baroja estudió el inglés y, según señala Constanza de la Mora, en los años 1920 se puso de moda entre las familias madrileñas de la alta burguesía no solo tomar el té de las cinco con pastas, sino también tener institutrices inglesas al cuidado de hijas e hijos.

El influjo del grupo de iguales, y la educación informal, no deberían ser subestimados, aunque la familia y la escuela eran las dos instituciones fundamentales de socialización. No sabemos prácticamente nada de las amigas de infancia de Carmen Baroja, y muy poco de las de Zenobia Cam-

prubí, lo que confirma el celo con el que las familias trataban de monopolizar la socialización infantil de las niñas. Zenobia se refiere a una amiga de infancia, María Muntadas, que era también hija de un ingeniero catalán. Pero recuerda que sus hermanos y los amigos de éstos que venían a veces a la casa familiar, sobre todo en el verano, le permitieron realizar diversas actividades culturales y educativas. Por ejemplo, establece una conexión entre el traslado de su padre a Tarragona, una ciudad que cuenta con un importante patrimonio histórico, y el inicio de su interés por lo artístico, pues aunque ya había visitado Grecia con su abuela materna considera que fue especialmente importante para ella el verano en el que Jo terminó la carrera, y vino a casa con un compañero de estudios. Se fueron todos juntos a visitar el monasterio de Poblet. A partir de entonces empezó a sentir admiración por los monumentos de la Antigüedad. Tanto para Carmen como para Zenobia, siempre sometidas al escrutinio de los padres, sus hermanos y los amigos seleccionados de sus hermanos representaron una vía de salida al mundo.

María Teresa relata que en su infancia le gustaba saltar a la comba y patinar y, sobre todo, al salir del colegio, ir a casa de sus tíos, los Menéndez Pidal, y estar con su prima Jimena:

“una chica diferente, morena, que andaba sola por Madrid, que iba al colegio sin acompañante. A Jimena le dejaban leer, como a ella su tío loco de Barbastro, todos los libros (...) Ella repetía sus palabras, sus gestos, se desesperaba al mirarse el pelo rubio, le avergonzaba ir a un colegio de monjas... Además había una abuela en aquella casa, y una madre capaz de contestar a todas sus preguntas” (León Goyri, 1982, pág. 151).

Jimena, que era algo mayor que ella, iba al colegio de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), no iba a misa ni aprendía el catecismo de memoria, ni bajaba la voz para hablar de arte, aunque los museos estuviesen

llenos de desnudos. María Teresa la acompañaba a las clases de dibujo que impartían don José Masriera y su mujer en la Biblioteca Nacional. En la casa de sus tíos, los Menéndez Pidal, aprendió de memoria los primeros romances españoles, las canciones recogidas por María Goyri y Ramón Menéndez Pidal durante su viaje de novios, siguiendo la ruta del Cid. *“Por primera vez, escribe, oí la voz del pueblo”*. Fue también en esa casa en donde entró en contacto con *“hombres inteligentes y sabios”*: Francisco Giner de los Ríos, a quien se escuchaba con veneración, Antonio Machado, Américo Castro, Henri Merimée, Bartolomé Cossío. Y más tarde siguió teniendo contacto con ellos en la casa que tenían sus tíos en la Granja de San Ildefonso. En todas esas casas, en donde la familia se autoafirmaba como una familia de familias, siguió los pasos de su prima Jimena y aprendió cosas importantes para la vida. La abuela *“Amalia les contó cómo había sucedido la ascensión de las mujeres hacia la igualdad”* al referirles que María Goyri había sido una de las primeras mujeres que se licenció en la Facultad de Filosofía y Letras y que impartió clases en una Universidad española (León Goyri, 1982, págs. 89-90).

En la casa de sus tíos, María Teresa no solo entró en contacto con la educación liberal y con la lucha por la igualdad de las mujeres, sino también con la pasión por el conocimiento y por la cultura. Otros familiares contribuyeron también con esa importante educación informal, pues el principal culpable de las llamadas por las monjas *“lecturas malsanas”* era un tío suyo, ya mayor, que vivía encerrado en Barbastro, en donde María Teresa pasaba los veranos (León Goyri, 1982, pág. 142). Aquella casa fue para ella la silenciosa casa de la lectura, ya que no había censura alguna y podía leer a su antojo los libros que quisiera de una frondosa biblioteca. Leyó a Dumas y a Víctor Hugo, *La religieuse* de Diderot y *Les liaisons dangereuses* de Laclos, que no entendió, y también novelas de Benito Pérez Galdós a

quien conocía personalmente, pues su madre siempre lo saludaba cuando lo encontraban paseando por el Parque del Oeste. Recuerda que entre las visitas que iban a su casa había generales, entre ellos uno con largos bigotes, rubio, palaciego, casado con la hija de una novelista famosa. Cuando hizo la primera comunión la llevaron a verla y ella le regaló una novela: *El tesoro de Gastón*. La dedicatoria que le escribió decía: *“A la niña María Teresa de León, deseándole que siga el camino de las letras. Condesa de Pardo Bazán”*. La anécdota de este encuentro con Emilia Pardo Bazán recuerda un poco a esas profecías que marcan un destino⁶.

María Teresa León tenía en el colegio de las monjas compañeras que la llevaban a sus casas que eran verdaderos palacios. En una ocasión le dijeron que besase la mano de una viejecita que resultó ser la emperatriz Victoria Eugenia. Otras veces la invitaban a ir en coches de punto tirados por caballos. Le fascinaba estar entre gente vestida para la gran fiesta de las carreras de caballos en el hipódromo. Allí, entre aquel público selecto, estaba su padre. A sus amigas les gustaba subir las majestuosas escaleras de sus casas en perfecto equilibrio, con especial solemnidad, la cabeza alta, el cuello erguido, y casi sin pestañear. De hecho jugaban a arrastrar vestidos de cola con total naturalidad no desprovista de elegancia. A través de estos ejercicios inocentes iban adquiriendo la *hexis* corporal propia de su clase.

Situada socialmente entre las niñas pobres de la planta baja del colegio y los palacios de sus compañeras de clase, hijas de duques y marqueses, María Teresa empezó a sentir una cierta inseguridad. Le entró la tristeza que sus recuerdos de infancia estuviesen empañados por el negro humo de las incontables batallas coloniales, pero no faltaban recuerdos gratos que formaban *“esa cadena que nos enlaza a las personas, y que nos han permitido ser lo que somos”*. Es también la única de las tres mujeres que describe la

insatisfacción que, por lo general, le produjeron los primeros juegos erótico-sexuales infantiles (León Goyri, 1982, pág. 73).

Adolescencia

En el año 1898, en plena crisis provocada por la guerra de Cuba, Carmen, que tenía quince años, se desplazó con su madre a Madrid para cuidar de su tía abuela, Juana Nessi, en cuya casa vivían Pío y Ricardo. Sus hermanos habían abandonado las profesiones de médico y archivero respectivamente y llevaban una vida un tanto bohemia, dedicada a jugar al billar, a las tertulias en los cafés y en el Ateneo y a las bellas artes. Pío escribía y Ricardo pintaba. Pero el sentimiento de pertenencia a una familia extensa, así como su apego al País Vasco, siguieron siendo muy fuertes en todos ellos, que hablaban correctamente el euskera.

Carmen señala que en su adolescencia las preocupaciones empezaron pronto, y siguieron sin apartarse:

"(...) al mirar hacia atrás, veo un camino recto, seguido, largo, aburrido, larguísimo, monótono, siempre igual, con desgracias de vez en cuando, y apenas una pequeña sonrisa (...) era de una enorme disciplina. Me levantaba a las siete y media, limpiaba algo la casa, me arreglaba y daba las lecciones y estudiaba música, y lo demás; leía, casi siempre sin que mi madre lo sancionara porque no le parecían bien demasiadas lecturas; cosía o bordaba o hacía alguna labor y, cuando se me terminaba el gusto de trabajar, era muy desgraciada. Después de comer vuelta a empezar, y luego salía con mi madre o a casa de las amigas de vez en cuando. Los domingos íbamos generalmente al teatro por las tardes" (Baroja y Nessi, 1998).

Frente a este panorama repetitivo estaban las lecturas, las aventuras

que contaban sus hermanos, y también las que ella misma pensaba y deseaba: *"Me forjaba historias y escenas, en donde era la protagonista, que variaban de lugar y argumento. Y los mejores ratos los pasaba fuera de la realidad, que veía estúpida, triste y monótona"* (Baroja y Nessi, 1998, págs. 44-55 y ss.).

Tampoco Zenobia parece haber tenido una adolescencia muy alegre. En Valencia, es decir, en la ciudad de las flores, de la luz y del amor, vivió *"fastidiada, triste, encogida y rara"*. No disponía de una alcoba propia y dormía en la habitación de su madre. La vida le parecía gris y aburrida. Su padre la obligaba a hacer diariamente paseos *rígidos*, de una hora, y una de sus pocas distracciones consistía en ir a misa con Bobita los domingos. No tenía amigas, y sus relaciones eran con la familia y los libros. La única gran alegría que rompía la monotonía eran las cartas de Jo, a las que se sumaban las de Raimundo que a veces también eran divertidas. Su formación estaba entonces en manos de profesores de música y de francés que venían a darle lecciones a casa, mientras que su madre la instruía en italiano, historia y literatura.

María Teresa León también sufrió en su adolescencia un nuevo cambio de domicilio. El traslado de la familia a Burgos se debía a que su madre no se sentía a gusto en Madrid. En todo caso el padre fue destinado a esta ciudad en la que María Teresa vivió la adolescencia y parte de la juventud. Su llegada a la ciudad fue registrada por un periódico local que le dedicó una poesía. Recuerda como jóvenes de uniforme impecable la ayudaban solícitos a bajar del caballo, jóvenes que tenían miedo a su padre, *el coronel*. Describe la vida formal y provinciana burgalesa, los buenos modales, los saludos y reverencias, los paseos entre uniformes, y la asistencia a fiestas entre trajes de gala. Es ilustrativa en este sentido la descripción del ritual del paseo de los domingos, que realizaba en compañía de su

familia: a su paso se inclinaban cabezas, se descubrían sombreros, se escuchaban susurros, se percibían guiños y cuchicheos casi imperceptibles. María Teresa se sentía en ese ambiente como una santa llevada en procesión, y se sentía obligada a bajar humildemente los ojos cuando la miraban demasiado fijamente. Buena parte de esos ceremoniales sociales, ordenados por el rígido protocolo de las reglas de urbanidad de la época, estaban destinados a poner en evidencia las diferencias sociales y las diferencias sexuales, y también a favorecer el lucimiento de unas muchachas aún casi niñas destinadas a encontrar *"un buen partido"*, un marido, como ellas, de buena posición y familia⁷.

María Teresa se rebeló desde muy pronto contra el mundo *inocente* y un tanto *falso* que querían imponerle. Se encerró cada vez más en la lectura que tanto en la infancia como en la adolescencia le sirvió para huir de una realidad a la vez pacata y machista.

Se podría avanzar en la hipótesis de que la crisis de la adolescencia afectaba sobre todo a las mujeres, pues el estatuto de minoría y subordinación se fraguaba especialmente en ese período, pues mientras que para las chicas la adolescencia señalaba el final de su período de formación, para los varones significaba el inicio de su socialización profesional. Para muchachas adolescentes, con un cierto nivel de instrucción, sensibles, inteligentes y soñadoras, aceptar la condición femenina suponía renunciar a su desarrollo profesional y, en buena medida, personal. Se explica así la frecuencia con la que en esta época mujeres jóvenes de la burguesía eran llevadas al psiquiatra, al confesor, o a ambos a la vez, para que las ayudasen a superar su malestar de vivir, y a aceptar con resignación su *"condición femenina"*.

Familia, educación y autonomía

La familia y la escuela, las dos principales instituciones de socialización primaria a principios de siglo XX, jugaron para las tres protagonistas de nuestra historia un importante papel en la tendencia a la reproducción de las relaciones de poder que existían en la sociedad española de ese momento. Carmen, Zenobia, y María Teresa expresan bien en sus escritos la presión conjunta y coordinada que ejercieron sobre ellas sus padres y los colegios religiosos de señoritas. Estas dos instituciones protectoras, lejos de contribuir con la formación de un yo para la libertad, fueron en realidad más bien dos instancias claves que actuaron en tenaza para reproducir, y por tanto contribuir a perpetuar la domesticación de las mujeres. En contrapartida las relaciones con los hermanos varones, que gozaban de mayores libertades, las relaciones con otras familias más abiertas y progresistas, así como con el grupo de iguales, contribuyeron, por lo general, a crear una línea de fuga con el orden instituido, es decir, abrieron el camino a la búsqueda de alternativas para conseguir mayores cotas de autonomía. De todo ello se deduce que las relaciones más igualitarias en el seno de las familias, así como los modos de educación alternativos a los imperantes en los centros de religiosos y religiosas contribuían con la emancipación de las mujeres.

María Teresa León admiraba la educación escolar que recibía su prima Jimena en la Institución Libre de Enseñanza⁸. Es conocido que la ILE se dedicó a la enseñanza primaria y secundaria desde el curso 1878-1879, y que su sistema pedagógico estaba inspirado sobre todo en Fröbel, discípulo de Pestalozzi, a quien admiraba Kraus. Los krausistas españoles, aglutinados en torno a Francisco Giner de los Ríos, fueron partidarios de una enseñanza que seguía los principios de la llamada pedagogía activa, una enseñanza que rompía con

la enseñanza oficial, considerada memorística, abstracta, demasiado centrada en los libros y poco científica. Abogaron por tanto por una educación con tintes rousseauianos, pues no en vano Rousseau fue el inspirador de la llamada Escuela Nueva. Era una escuela partidaria de una educación que supuestamente se basaba en los intereses del niño, que debía ser en buena medida lúdica, y estar, sobre todo, destinada a desarrollar los sentidos, el cuerpo, la inteligencia y la voluntad. De ahí la importancia que en este marco cobró el contacto con la naturaleza, las excursiones al campo, la visita a monumentos artísticos, los laboratorios, etc. Conviene además subrayar que los defensores de la ILE abogaban por una educación que debía ser igual para niñas y niños.

Para ilustrar con más nitidez la socialización de estas tres jóvenes, me voy a referir brevemente a la educación de Federica Montseny (1905-1994), inspirada en los ideales anarquistas, pues pone bien de manifiesto la importancia que puede tener el hecho de considerar a las niñas y a los niños, como señaló en *El primer hombre* Albert Camus, “*sujeitos dignos de comprender el mundo*” (Montseny, 1987).

Al igual que los padres de nuestras tres protagonistas, los padres de Federica cambiaron con frecuencia de residencia y vivieron en lo que podríamos denominar casas-granjas, al principio cerca de Madrid y luego cerca de Barcelona. Federica mantuvo, por lo tanto, desde niña una relación muy intensa con la naturaleza. La educación formal que recibió estuvo a cargo de su madre, Soledad Gustavo, que era maestra. El hecho de que viviesen en la periferia urbana no le facilitaba asistir a alguna escuela racionalista. En todo caso sus padres estaban decididos a liberarla del carácter predominantemente confesional que tenía la enseñanza en España.

Los métodos pedagógicos a los que recurría Soledad no se adecuaban ni

a los programas, ni a las prácticas entonces habituales en la enseñanza oficial. De hecho, Federica comenzó a aprender las primeras letras cuando cumplió los seis años, pues su madre era partidaria de “*desarrollar su cuerpo antes de empezar a amueblar su espíritu*”. La mañana la destinaba al estudio, y por las tardes disponía libremente de su tiempo. La enseñanza racionalista que practicaba su madre no la torturaba con lecciones que debía de aprender a toda costa: “*Cuando algo no entraba en mi cerebro sin esfuerzo, se dejaba para más adelante. Mi madre pertenecía a una generación en la que todavía las ideas de Rousseau sobre la educación de los niños tenían singular vigencia*”. Su madre no descuidó tampoco la educación artística y musical, y quiso que aprendiese a tocar el piano. Federica sin embargo, al comprobar que no tenía disposiciones para ello, se rebeló “*contra unas lecciones que no me aportaban nada y costaban dinero*” (Montseny, 1987).

A diferencia del enclaustramiento de las niñas imperante en las familias burguesas, en su casa vivían, además de algunos miembros muy allegados de la familia, otras personas que compartían los ideales libertarios. Inspirándose en los principios anarquistas lo que más contaba eran “*las amistades, las afinidades, esto es, la familia espiritual que cada ser se constituye por elección propia*”. En ocasiones, cuando andaban escasos de recursos, pues casi siempre los negocios en los que se embarcaba su padre resultaban ruinosos, su madre se veía obligada a recurrir al trabajo asalariado. En esos períodos hacía traducciones para la Casa Maucci, un trabajo que ya había realizado antes cuando era soltera, “*pues dominaba bien el francés y literariamente el español, lo que la hacía apreciable como traductora*” (Montseny, 1987, págs. 23 y ss.).

Los distintos cambios de residencia y los accidentes económicos que sufrían sus vidas no impidieron que el programa educativo trazado para la pequeña Federica siguiese su curso.

Cuando era ya una muchacha, y debido a las obligaciones ocasionales de su madre, el horario de estudios de Federica se vio modificado, pues por la mañana debía de hacer la compra y limpiar la casa. Su interés por los acontecimientos que entonces estaban teniendo lugar en Europa constituye un buen indicador de que en su casa los niños y las niñas no permanecían ajenos a las cuestiones sociales y políticas. De hecho, cuando iba a hacer la compra, se encontraba con otras mujeres que le pedían que les leyese el periódico *"El Diluvio"*, cosa que hacía con agrado, pues estaba tan interesada como ellas en conocer los acontecimientos de la primera guerra mundial. Por la tarde, tras estudiar las lecciones, podía enfrascarse en la lectura, que, también para ella, constituía *"la pasión favorita"*. Leyó a los novelistas franceses, se adentró en la literatura de los rusos y españoles: *"Descubrí a Tolstoi, a Turgeniev, a Chejov. Pero el que más me fascinó fue Galdós, con su inmensa creación de tipos humanos, comparable a la de Balzac y Zola, también descubiertos en mis años jóvenes"*. A su juicio sus padres fueron muy inteligentes al ponerla en la pista de todos estos autores que ella luego iba *"descubriendo"* sucesivamente con toda naturalidad.

Hacia 1916 y 1917, años especialmente agitados por la revolución social, cuando contaba en torno a doce años, acompañaba a su padre a los mítines, las manifestaciones, y al teatro. Todas estas actividades constituían una fuente importante de aprendizaje para adquirir y vivir los ideales anarquistas. En esas salidas, tan interesantes para ella, iban también a los cafés en donde se reunían los intelectuales de izquierdas y los periodistas. Un poco más tarde, cuando tenía alrededor de catorce años, ayudó a su padre a trabajar la tierra, intensificándose su relación con él y con sus amigos. De esta forma, Brossa, un geógrafo de renombre, la introdujo por entonces en el conocimiento de la geología. Afirma que, hacia 1920, cuando tenía quince años⁹, la enseñanza de su madre

casi había finalizado, y que su intención era *"cuando el trabajo lo permitiese, inscribirme en cursos libres en la Universidad de Barcelona, y obtener algún diploma que coronase más o menos oficialmente mis estudios, cosa que hicimos años más tarde"* (Montseny, 1987, págs. 25-30).

Feminismo y libertad

Tanto para Carmen como para Zenobia, el matrimonio tradicional y su conversión en amas de casa suponía una especie de aceptación de la servidumbre, es decir, la renuncia a los ideales de emancipación. Y algo parecido debió de representar para María Teresa León quien tras casarse muy joven y tener dos hijos se separó pronto de su primer marido. Las tres compartían una fuerte dosis de romanticismo, y a la vez una gran capacidad de reflexión. Caro Baroja dice de su madre que procuró llegar a una especie de objetividad, rara en los varones, y más rara aún en las mujeres, y que tuvo un gran ascendiente sobre sus hermanos, pues era la única persona que discutía con fuerza los juicios y opiniones, tanto de Pío como de Ricardo (Caro Baroja, 1997, pág. 64).

Nuestras protagonistas no aceptaron el estatuto propio de las jóvenes burguesas, la imagen de marca de la femineidad propia de las clases medias españolas de la época, vinculada con el espacio íntimo del matrimonio y los valores religiosos, y ello en buena medida porque desde muy pronto su contacto con un cierto laicismo, los vínculos con la música, la literatura, el peso de la educación informal no se avenían bien con el sistema de vida heredado. Sus madres seguían siendo mujeres bastante tradicionales que no ejercían ninguna profesión y que se dedicaban de forma exclusiva al cuidado de la casa y a la vigilancia de los hijos, especialmente de las hijas. Se podría por tanto afirmar que carecieron en la primera edad de una

imagen femenina con la que identificarse profesionalmente de forma positiva.

A diferencia de sus hermanos, que fueron educados para ejercer profesiones liberales, estas jóvenes no recibieron una formación profesional. Carmen explicitó en varias ocasiones que echaba en falta conocimientos para dedicarse a la orfebrería, y afirmaba que nadie de su familia se tomaba en serio su deseo de trabajar, pues en realidad consideraban que su verdadero oficio era convertirse en una mujer casada. Zenobia, por su parte, se lamentará en distintas ocasiones de no haber accedido a una educación universitaria cuando era joven. El ambiente de la época no era en general favorable, ni siquiera en las familias liberales y cultas, para la emancipación de las mujeres. Zenobia explica con claridad qué era lo que se esperaba entonces de los muchachos y de las muchachas:

"Como era corriente en la época, mis padres creían que a los hijos varones los debían preparar para la lucha por la vida, pero en el caso de las niñas, los mismos padres, o quienes los suplan, deben encargarse de la lucha. La niña debe permanecer exenta de toda obligación en este sentido. Mi madre, sin embargo, hacía dos excepciones a esta regla: la mujer puede sin desdoro, dedicarse a la enseñanza o a escribir" (Camprubí Aymar, 1986, pág. 101).

En sus escritos autobiográficos se ponen de manifiesto las dificultades que tenían en la relación con sus madres y que en gran medida se debían a que ellas no se adecuaban al ideal de muchachas *dulces, dóciles y femeninas*. Constancia de la Mora se expresa en este mismo sentido cuando dice que intentó buscar un trabajo pero que sus padres se opusieron pues eso era algo que entonces estaba muy mal considerado por las familias ricas, y más cuando para las hijas jóvenes había llegado el momento de ser presentadas en sociedad y de pensar en buscarles

un buen partido (de la Mora, 2004; Vives, 1947; Varela, 1983). El humanista español Juan Luis Vives había escrito en el siglo XVI que *“para la mujer, la casa hará las veces de toda la República”*. Y cuatrocientos años más tarde la vida de las mujeres de la burguesía española parecía haber sido planificada siguiendo sus consejos¹⁰.

Las protagonistas de nuestro relato lucharon no obstante desde muy pronto para conseguir mayores cotas de libertad y autonomía y en parte lo lograron cuando fueron adultas, pero da la impresión de que no pudieron romper totalmente con la fuerza conjunta ejercida por la educación y la costumbre. En todo caso la socialización de sus primeros años contribuyó con que de hecho sus vidas estuviesen muy vertidas al cuidado de los demás, especialmente de su familia, en detrimento de su propio desarrollo personal y profesional. Ni Carmen ni Zenobia pudieron realizar el trabajo que les interesaba cuando eran jóvenes. Por su parte María Teresa León se benefició de la oportunidad que le brindó la II República para divorciarse. Se casó con Rafael Alberti y pudo dedicarse con más intensidad que antes a ser escritora y a defender los ideales comunistas. De las tres fue sin duda la que más escritos nos legó, aunque todas ellas fueron mujeres con voz propia, que se vieron eclipsadas por varones de su entorno: Zenobia por Juan Ramón Jiménez, María Teresa por Rafael Alberti, y Carmen por sus hermanos, Pío y Ricardo Baroja. Pero esa voz eclipsada está saliendo en las últimas décadas de nuevo al espacio público debido especialmente a importantes trabajos de recuperación de la memoria histórica, entre los que destacan los realizados por Graciela Palau de Nemes, Amparo Hurtado y Juan Carlos Estébanez Gil, así como por los distintos homenajes y premios que se han celebrado en las últimas décadas en su reconocimiento¹¹.

La educación que recibieron Carmen, Zenobia y María Teresa no estaba sin embargo detenida como

una estatua de sal en el tiempo histórico pues, como observa Julio Caro Baroja, se diferenciaba en parte de la que habían recibido las generaciones anteriores (Caro Baroja, 1997, pág.50). Pero no se puede olvidar que, pese a todo, el objetivo fundamental de esa educación seguía siendo convertirlas en señoritas casaderas. Y aunque vivieron la adolescencia como un período más bien conflictivo marcado por la percepción de la hipocresía y los convencionalismos sociales, existen indicios suficientes para pensar que esa socialización temprana y el ambiente familiar no favorecían la ruptura con el sistema de hábitos bastante convencional que habían adquirido, y que en buena medida pasó a ser inconsciente. En contrapartida, la educación de Federica, alejada de los moldes en boga en la educación de las señoritas, le permitió desde muy niña alcanzar un elevado grado de autonomía, ya que en vez de tener una infancia separada de los adultos, custodiada y defendida de supuestos peligros exteriores, participaba con los mayores en las diversas tareas y escuchaba sus opiniones y pareceres acerca de los problemas de la vida. La percepción de la infancia que dominaba en su mundo no exigía que se estableciese ese corte tan estricto entre la vida infantil y la vida adulta, de ahí que pudiese incorporarse desde muy pronto a la vida familiar, social y política. Por esto le resultó mucho más fácil que a nuestras tres protagonistas apropiarse de su propia voz y hacerse oír desde muy pronto¹² (Montseny, 1987, pág. 78 y ss.).

Hemos defendido la tesis de que los procesos de socialización primaria juegan un papel fundamental en las trayectorias de los sujetos. De ahí que las formas específicas que adopten en cada momento histórico y en cada formación social la familia y la escuela, dos instituciones que siguen siendo claves para la formación de la personalidad en nuestras sociedades, no solo incidan en el moldeamiento de la subjetividad de los individuos, sino que además

se conviertan en el mejor baremo del desarrollo de la madurez política y de la democracia de una sociedad. En nuestro caso ponen de relieve la falta de un funcionamiento democrático en las instituciones de la España de la Restauración. El ejemplo de Federica, que hemos utilizado de contrapunto, muestra que las sociedades no están exentas de contradicciones internas, y que frente a determinadas relaciones de poder pueden surgir resistencias. Las condiciones en las que se desarrolló la existencia de Federica, que contaba con una red de mujeres que estaban de acuerdo con las decisiones que tomaba, y que le servían de apoyo, le permitieron compaginar con cierta facilidad su vida personal y profesional. Ella misma nos asegura que, aunque quería muchísimo a su hija, cuando salía a dar mítines, o a realizar otras actividades como militante de la CNT¹³, podía dejarla al cuidado de su madre y de otras mujeres de la casa. *“No quería que la maternidad fuese para mí, escribe, una barrera en mi vida de luchadora y de militante, como no había querido que el amor tampoco lo fuese”*. Su forma de actuar sorprendía incluso a un intelectual cosmopolita de la época, como Max Nettlau. Sus escritos reflejan una educación sentimental que se distanciaba de la habitual en las señoritas de su tiempo, de modo que el imaginario romántico no parece haber adquirido en su caso el peso que tenía en la vida de la mayoría de las jóvenes burguesas, incluidas nuestras tres protagonistas¹⁴.

Mientras que Federica compatibilizaba el feminismo con la preparación de la revolución social, la mayor parte de las jóvenes de la burguesía ilustrada tuvieron más dificultades para encontrar la vía de la emancipación y la conquista de una voz propia, y tuvieron que luchar denodadamente por ampliar su mundo mental y social. Carmen, Zenobia y María Teresa, tras la infancia y la adolescencia, empezaron a incorporarse a determinados círculos intelectuales y artísticos, a viajar, y a realizar sus primeros trabajos. Las

tres se conocieron en Madrid en el *Lyceum club*, fundado en 1926 a imagen del *Lyceum Club* londinense, creado en 1905. Desde este ateneo y otras tribunas se unieron a mujeres inconformistas, mujeres que desde

la filosofía, el arte, la educación, la literatura decidieron luchar por la formación de una sociedad diferente, resistir contra la dominación masculina, y promover la incorporación de las mujeres a la educación universi-

taria, al trabajo, y a la vida pública democrática.

Recibido el 7 de julio de 2009

Aceptado el 22 de agosto de 2009

Bibliografía

- BAROJA Y NESSI, Carmen, *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, Barcelona, Tusquets, 1998.
- CAMPRUBÍ AYMAR, Zenobia, *Diario 1. Cuba (1937-1939); Diario 2. Estados Unidos (1939-1950); Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.
- -----, *Vivir con Juan Ramón*, Madrid, Los libros de Fausto, Anaquel de recuerdos 2, 1986.
- CARO BAROJA, Julio, *Los Baroja*, Madrid, Editorial Caro Raggio, 1997.
- ESTÉBANEZ GIL, Juan Carlos, *María Teresa León: escritura, compromiso y memoria*, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 3, 2003.
- GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Editorial Cátedra, 1995.
- LEÓN GOYRI, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Bruguera, 1982.
- MONTSENY, Federica, *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, Plaza y Janés, 1987.
- MORA, Constanza de la, *Doble Esplendor*, Madrid, Gadir Editorial, 2004.
- VARELA, Julia, *Nacimiento de la mujer burguesa. El cambiante desequilibrio de poder entre los sexos*, Madrid, La Piqueta, 1997.
- -----, "Categorías espacio-temporales y socialización escolar: del individualismo al narcisismo", en *Revista de Educación*, Nº 298, 1992, págs. 7-29.
- -----, *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*, Madrid, La Piqueta, 1983.
- VIVES, Juan Luis, "Deberes del marido", en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1947.

Notas

- 1 Este texto está vinculado con un proyecto de investigación financiado por la Secretaría de Estado de Universidades del Ministerio de Ciencia e Innovación (SEJ2006-04140), España.
- 2 En bibliografía de referencia se citan los textos autobiográficos de cada una de ellas.
- 3 En el libro *Nacimiento de la mujer burguesa* refiero al *dispositivo de feminización* entendido como un programa de domesticación de la mujer.
- 4 Véase Camprubí, *Diario 2*, 2006, pág. 322 y ss.
- 5 Véase Juan Carlos Estébanez Gil, 2003, 3.
- 6 Por ejemplo, Jean Paul Sartre cuenta en *Les mots* que cuando aun era muy niño una noche su madre le puso el pijama y, levantándolo en alto le decía: "Un día, cuando mi niño sea mayor, escribirá, escribirá".
- 7 Ya durante el franquismo, en 1956, el director de cine Juan Antonio Bardem reflejó magistralmente en *Calle Mayor* la mezquindad generalizada de esa España negra.
- 8 Tanto la ILE como la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia, y las Escuelas Jaime Vera pusieron en marcha modelos pedagógicos inspirados en las nuevas corrientes educativas europeas de la época. Esta *educación nueva* fue uno de los instrumentos desti-

nados a proporcionar a la burguesía ilustrada, en conflicto sobre todo con la burguesía tradicional, una nueva identidad social e individual. Véase Julia Varela (1992).

- ⁹ Federica recuerda la famosa huelga por el abaratamiento de las subsistencias, en la que se concentraron centenares de mujeres en la Plaza de Cataluña.
- ¹⁰ *De doncellas*, escribe Vives, *sirven a sus padres; de casadas sirven al marido; de madres sirven a sus hijos*; (op. cit. pág, 1340).
- ¹¹ Graciela Palau de Nemes ha hecho un enorme trabajo al editar los tres *Diarios* de Zenobia, además del *Espistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz (1917-1966)*, este último trabajo en colaboración con Emilia Cortés. De Amparo Hurtado son la edición y el prólogo de *Recuerdos* de Carmen Baroja. Véase también el ya citado libro de Juan Carlos Estébanez Gil.
- ¹² Federica fue la primera ministra en Europa de un gobierno democrático. Colaboró desde muy joven en la *Solidaridad Obrera*, en donde tenía a su cargo la sección *Relieves Sociales*. En 1923 ingresó en la CNT y a partir de ese mismo año dirigió diversas secciones de la *Revista Blanca*.
- ¹³ Confederación Nacional del Trabajo, de orientación anarco-sindical.
- ¹⁴ Sobre los efectos ambivalentes del amor romántico en el imaginario de las mujeres de las clases medias véase Anthony Giddens, (1995, op.cit., pág. 50 y ss.).

Resumen

El artículo relata las historias de vida de tres mujeres españolas, pertenecientes a la burguesía liberal de los siglos XIX y XX. A partir de sus escritos autobiográficos y otras fuentes, se reconstruye la infancia y la juventud de cada una de ellas, recalando el papel fundamental de las instituciones familiares y escolares (formales e informales) en su socialización primaria.

Desde una mirada centrada en la historia de las mujeres, se destaca su lucha para alcanzar mayores niveles de autonomía y desarrollo profesional (especialmente en el mundo de las letras y las artes), en un contexto altamente conservador y marcado por la jerarquización en función del género. Mujeres que, a pesar de las dificultades, pudieron hacer oír su voz, al menos parcialmente. Como contrapunto, se incluye una cuarta historia, perteneciente a una militante feminista que atravesó una socialización bien diferente.

El papel fundamental de la socialización primaria en las trayectorias de los sujetos es la hipótesis que articula el texto.

Palabras clave

Socialización primaria – Dominación masculina - Historia - Poder

Abstract

This article recounts the life stories of three Spanish women who belonged to the liberal bourgeoisie of the XIX and XX century. The childhood and youth of each one of them is reconstructed through their autobiographic writings and other sources, emphasizing the fundamental role of family and school institutions (formal and informal) in the process of primary socialization.

From a perspective centered on the story of women, this article underlines their struggle to achieve increasing levels of autonomy and professional development (especially in the world of arts) in a highly conservative context signed by gender hierarchical organization. These are women that -despite difficulties- could make their voices to be heard, at least partially. As a counterpoint, it is included a fourth story which belongs to a feminist activist who has been through a very different socialization. In all, the main hypothesis of this article is the fundamental role of primary socialization in the life course of individuals.

Key words

Primary socialization – Male domination – History – Power